

KERIGMA

La condición antropológica del ser humano es de fragilidad absoluta. El hombre es un ser desfondado, es decir, en todas aquellas cosas o personas en las que intenta apoyarse como si lo hiciera sobre suelo firme, al poco tiempo, se desmoronan como arena. El hombre que cree estar seguro, que confía en sus fuerzas físicas, su salud, su don de gentes, su medicina, su razón, su ciencia, en definitiva, no puede evitar experimentar un choque con la realidad que le confronta la muerte, el sufrimiento, la vejez o la enfermedad.

A los hombres les gustaría pasar deprisa de la depresión a la euforia, del sin sentido de los sucesos del mundo que se escapan al control a tener las claves de todo, del sufrimiento a la gloria, del desasosiego al descanso, de la guerra a la paz; o, incluso, no pasar por todo eso. ¿Para qué? ¿Por qué es necesario tener que experimentar la muerte? ¿Por qué es necesario tanto sufrimiento inocente, aparentemente inútil, tanto fracaso, tanta enfermedad, tanta frustración? ¿Por qué las pandemias? ¿No podía haberse evitado una vida concebida de este modo? Estas son las preguntas que se hacen los que tienen el valor de encarar la verdad sin tapujos. Esa es la lacerante pregunta de Nietzsche y la de todo humano que se detenga a pensar.

Hay quién, escandalizado, decide no mirar para ese lado y vivir siempre fuera de sí, matando el tiempo que nos recuerda que caminamos en dirección a la muerte, hay quién, heroicamente, armado con pensamientos filosóficos de calado, se enfrenta con pundonor a él y hace de ese dolor, de ese sufrimiento su bandera, sus señas de identidad (véase el orgullo gay, o los grupos marginales, que hacen una causa de su marginación, o como esas madres lesbianas sordomudas que se dejan fecundar asegurándose de que su feto sea sordomudo, o las bandas de desheredados del amor humano que deciden morir matando). La encarnación de Cristo en esa historia de aparente sin sentido, de caos, parece querer decirnos otra cosa: “era necesario que todo eso sucediese”. Camino de Emaús, cuando los hombres no entienden el sentido de la cruz, del sufrimiento, de la soledad, del abandono de Dios, y huyen de la Jerusalén de las desdichas, de la violencia, de la necedad de los hombres, Jesús les dice a los discípulos que era necesario que todo eso sucediese para que se consumase la revelación, y estaba hablando de su crucifixión. Tal vez no sea ese armonioso mundo (“el mejor de los mundos posibles”, decía

Leibniz), que los teístas quieren ver para justificar a Dios de la furia y el ruido shakespeariano y doloroso del mundo..., pero sí el que tiene las condiciones para serlo: todo está basado en la libertad, el don máspreciado, el fondo más sólido, paradójicamente aquello donde todo se tambalea es donde todo se asienta más firmemente.

La libertad también ha sido interpretada pesimistamente por los filósofos, pero siempre por lo mismo: porque entraña dolor. Sartre no entiende lo que significaba, escandalizado por el sin sentido y el sufrimiento inocente. Como Camus, su pensamiento es un canto de cisne lloroso, quejumbroso, dolido, herido de muerte por la guerra, por la violencia loca de los hombres, abocado al absurdo, al sin sentido.

Es la condición humana afrontar el maravilloso don de la libertad. Otro mundo imaginable en el que no existiera el dolor, la soledad, la muerte, la ancianidad, los malos tratos, la guerra, el hombre, el odio, es posible, de hecho, existe: las piedras, las vacas, o las mesas, no sabemos si experimentan abandono, desolación, angustia, pero en su imperturbable entorno, y por sus gestos no parece que necesiten psicopedrólogos, vacólogos, o mesagogos. Es un mundo perfecto, como la ciencia misma podría, y quiere, fabricarlos: con una lobotomía del encéfalo por aquí, o un corte del genoma por allí, o una granja de seres a la espera para trasplantes por el otro lado, todos iguales en un maravilloso *mundo feliz*, de una felicidad permanente.

La génesis antigua no está bien hecha, existen muchos defectos, muchas malformaciones, muchas imperfecciones, y los hombres buscan reparaciones quirúrgicas en el taller de la ciencia, sin duda, el nuevo Dios, o mejor, el nuevo ídolo omnipotente. Y es cierto que el hombre necesita una nueva gestación, pero de lo alto, no desde una corrección del genoma. Una nueva gestación. No podemos contra las siete naciones surgidas de la libertad humana, son superiores a nuestras fuerzas, cuando creemos que lo estamos controlando todo, incluso cuando la razón parece triunfar, algo se desbarata, es como si pesara sobre nosotros la maldición de Babel. La libertad y la razón nos hacen sentirnos dioses, ser conscientes de todo lo que sucede a nuestro alrededor, y eso es un don que nos libera de la condición animal o vegetal, pero que conlleva tomar decisiones equivocadas, dar traspies, e incluso privar a alguno de su propia libertad, temporalmente o para siempre. Es la tragedia humana, tan bien narrada por toda la literatura universal y que cada uno de nuestros ancianos podría revivir con agudeza y de manera personalizada.

Vivimos en una situación dinámica de *caída libre*. Por todos los medios intentamos amarrarnos a cualquier rama, asidero o saliente de roca, para no estrellarnos contra la muerte (la medicina, el deporte, la dieta, el cuidado de la salud, el trabajo), que es el suelo al final del precipicio, pero resultan ser todos endebles. Hay quien en esta caída encuentra un motivo para cantar, porque mientras lo hace olvida el impacto final al que camina, otros que deciden arrastrar a otros para no ir solos al abismo, otros que quieren llegar pronto porque no se resisten la tensión y la certidumbre (digo bien certidumbre) del final, y otros que deciden mirar el paisaje, porque les han dicho algunos, que vieron caer a otros antes, que si miran hacia abajo el vértigo les puede hacer perder el conocimiento. Turismo existencial.

Otros, que han oído una tradición antiquísima que habla de una Buena Noticia, extraña, improbable, como una especie de eco de tormenta, nos cuentan que no hay abismo, que son las malas lenguas las que hablan de un pozo sin fondo, o de suelo de roca pura, que lo que en realidad nos espera abajo del todo, es una nueva gestación, que como quien cambia de piel, abajo (kenosis) se da una muda, y como la crisálida, o como algunos moluscos, empieza una nueva vida, esta última, para siempre.

Estos entienden la vida humana como un éxodo, y esa palabra nos es familiar porque hay un libro, el Éxodo, que es un libro *paradigma*, un modelo-camino ejemplar, universal, para toda la tierra, aunque forme parte de la tradición particular de un pueblo, en cuyo recorrido el hombre puede encontrarse con su Dios.

El hombre, cada hombre, experimenta un éxodo propio. Cada hombre tiene que conocer lo que hay en él, y la única forma de hacerlo es en movimiento, poniéndose en camino, viviendo... “para que conozcas lo que hay en ti, en tú corazón”. Así Abraham, el primer hombre al que una voz le puso en marcha, que sintió que perdía el suelo bajo sus pies y que empezaba a caer, atestigua que el hombre no está solo, que el camino de la vida tiene un rumbo, y que el objetivo, en principio, es personal, pero luego es historia en un pueblo, y más tarde comunitario. El Génesis no deja lugar a la duda de que se trata de un proyecto global. Una multitud es llamada a hacer esa experiencia. Este planeta es una aldeilla, en la que todos sus habitantes, por muchos y muy diferentes que sean, han de colaborar, encontrar ese camino, o, todos perdidos, nos estrellaremos contra el *núcleo* de la roca, y primero contra sus picos salientes de las pequeñas violencias locales, en una auto lapidación colectiva.

Esa voz ha ofertado una Alianza, unilateral, “yo haré esto y lo otro, si guardáis mi alianza”. Ya estamos con el “maldito”: “si queremos”. “Haced esto y viviréis”... luego podemos no hacerlo y moriremos. Recuerdo, a los que siguen leyendo, que de rechazar esta opción nos queda pastar en el prado rodeado de congéneres que mugen imperturbables, haga frío o calor.

Posteriormente, para reforzar la sugerencia de la Alianza, aparece la Ley, como una ayuda, orientadora de los caminos que se le abren al hombre, el que quiera seguir lo que lleva a la vida tiene una magnífica oportunidad de constatar que esto es así. Pero, de nuevo, somos más listos que las piedras, tenemos otra condición natural, paradójicamente de origen divino, (que me demuestren lo contrario los que creen que somos un resultado patético de un patético azar, estoy harto de que me obliguen a demostrar a mí lo contrario de lo que ellos creen, ya que estamos en el mismo nivel de dificultad, que hagan ellos el esfuerzo), y lo que había de servir como ayuda, el hombre, lo siente como una morbosa limitación, una sospechosa prohibición, que desde el “no comas de este árbol” nos ha hecho creer que es, justo, lo que hay que hacer, que lo prohibido tiene la función de esconder el celoso tesoro que todos pensamos está al alcance de la mano y que un Dios, al estilo de nuestra propia divinidad libre e inteligente, juega con nosotros como nosotros lo hacemos con otros, al gato y al ratón. Y así vemos que, de la envidia, nace la magia, y de los celos la sospecha del otro, y de la rivalidad que surge de copiar, imitar los pasos del otro, la violencia.

La función de la LEY (San Pablo) era ayudar al hombre a conocerse, pero la usamos para justificarnos, hemos confundido esa Buena Noticia, hemos creído que se trataba de llegar al nivel de conquistar el camino con las propias fuerzas, por pura fuerza moral, e incluso hemos pensado que ese camino debía ser corregido, que las huellas que habían abierto los primeros senderos, estaban equivocadas.

Pero he aquí, que la genialidad de la mente que concibió este escenario en el que se desarrolla la obra cumbre: *Una humanidad en Éxodo*, puso a otros hombres cuya libertad, también don suyo, contravenía la nuestra, otra comunidad de creyentes que participan de otras formas de ver la Ley, y cuya recíproca función, (es decir, ellos son para nosotros lo que nosotros para ellos) nos desalienta, nos ayuda a vernos que cada día cometemos errores, nos ayuda a vernos necesitados unos de otros. Aunque un principio sirve, dolorosamente para ver cómo los demás no cumplen la Ley, y nos sentimos tentados de imponérsela, la nuestra.

Cuando nos vemos a nosotros mismos cumpliendo la Ley nos convertimos en jueces del incumplimiento que hacen los demás. Inmediatamente miramos a los demás por encima del hombro. Nos hacemos la vida insoportable los unos a los otros. Creemos que los demás no la cumplen por su perversión o por su mala voluntad para amarnos, mientras que nosotros sí lo hacemos. Nos creemos con derecho a exigir reciprocidad. El amor es un mercadeo, un toma y daca que funciona mientras existe el compromiso por las dos partes de devolver una porción determinada de lo que recibimos. Cuando eso es pactado estamos en el buen entendimiento, en la concordia en las relaciones personales, o en la democracia, en las relaciones sociales. Cuando otros piensan que su ley es la Ley, y los demás estamos en minoría de edad, no hay pacto, hay condiciones. Pero ninguna de las dos fórmulas, ni de sus múltiples variantes sacian la sed que el hombre que tiene de amor. Ya lo avisaba San Agustín: el hueco que existe en el corazón del hombre nadie lo puede llenar, sino aquel que lo diseñó para vivir en él. El Absoluto es celoso, y los huéspedes ajenos, relativos, no son bien vistos.

Nadie puede cumplir esa Ley, nadie puede satisfacer a nadie. Los “Mandamientos”, son diez palabras de vida. Todas ellas se resumen en el intento de evitar que nuestra libertad nos convierta en enemigos, en rivales miméticos (cf. Girard: *Veo a Satán caer como el relámpago*), los unos de los otros.

Los que se creen que la cumplen hacen la vida imposible sobre la tierra, pero es mentira, cumplen la ley que ellos han diseñado, y la disfrazan de divina, pero está amañada para ganar siempre. Por eso, Cristo, pone, en el Sermón del monte, la Ley al cuadrado, para evitar que se pueda cumplir... ¿Quién no ha mirado a la mujer del otro deseándola? ¿Quién no ha envidiado cómo le van las cosas al otro? ¿Quién no ha mentido intentando salvar así la imagen, la vida, y sabe ya que todos mienten y que nadie es fiable? El décimo mandamiento es el tratado de psico-sociología más importante que existe y también el más ignorado, resume toda la antropología.

La palabra del Joven Rico es ejemplar en este sentido. Él cumple la ley, pero eso, en lugar de alegrarle, le ha convertido en un chico triste, no ha encontrado la alegría en poseerlo todo, hasta el amor de Dios, sino más bien la soledad, el narcisismo, el engreimiento, es el ídolo de sí mismo. Hay muchos hombres ricos en el mundo, con todo tipo de riquezas, pero con un rictus de amargura, porque todo se les debe, y nunca sabrán quién les ama

de verdad. Los extremos socio-políticos del fariseísmo moralista son el comunismo o el fascismo, y todas sus múltiples versiones: todos creen poder cumplir la ley y por eso exigen a los demás que la cumplan... Cristo introduce en medio de las diatribas con los fariseos a los impuros, publicanos, prostitutas... de la comunidad humana, para escandalizarles.

En la parábola del Hijo Pródigo, el hermano mayor es la LEY: “Yo nunca te he desobedecido” esta es la justicia humana. Pero ese cumplimiento de la ley no le ha servido para experimentar el amor del padre sino, en todo caso, para juzgarle. Ha sentido como se tambaleaban todas sus ideas acerca de la vida, de la justicia, del bien, y le descoloca sus criterios el que su padre trate a su hermano con ternura y misericordia. Eso no es el modelo de la justicia en la que ha creído. Menos mal que no es la de Dios. Siente que ha sido maltratado por el amor incomprensible del padre, modelo de la justicia de Dios. Trata, despectivamente, de distanciarse de su hermano. “Ese hijo tuyo”, a lo que el padre responde, simétricamente: “ese hermano tuyo”... a lo que añade: “estaba muerto”. Es una auténtica catequesis sobre el pecado. El mayor no se había dado cuenta de que todo era suyo, no disfrutaba de nada, todo era un esfuerzo. Todo le pertenecía si hubiera sido libre, capaz de comprender la misericordia del padre, pero si envidia... destruye la armonía. Todo pertenece al hombre, este planeta es suyo.

El hermano mayor está prisionero de la una religiosidad natural, primitiva, en la que todo funciona en una exigencia de reciprocidad interminable, en un continuo sacrificio, en una simetría de intercambios. Los hombres aprenden a sacrificar para sentir que controlan lo incontrolable, la violencia, el desorden; todos creen que su violencia es legítima, sagrada, y la de los demás ilegítima, profana. El hermano se ha resignado a vivir del temor, esperando un premio futuro, cree que la justicia de Dios es como la de los hombres, que su justicia es la única que existe... Él, que cumple la ley, puede juzgar, condenar, establecer normas, y obligar a cumplirlas, y su ley es la reciprocidad, si yo doy, los demás deben dar en justa medida. Eso es tan viejo como la humanidad. Eso ha llevado a tantos conflictos que los hombres han tenido que inventar los regalos (Jacob a Esaú), los intercambios, las fronteras, el derecho, el teatro y la filosofía, por el miedo que se tienen unos a otros en su capacidad para iniciar represalias sin fin por agravios, por pactos incumplidos, para que no se desaten las catástrofes, pero a duras penas lo han conseguido. Y cuando no lo han conseguido han tenido que recurrir a la guerra, al sacrificio, a los campos

de concentración, a la tortura, a la separación, la división –signos todos del príncipe de este mundo.

Los hermanos mayores no se han sentido felices, ni amados, y su religión era un negocio con vistas al futuro. Se han reprimido para salvarse, viven miedosos... están escandalizados de esa extraña, para ellos, justicia de Dios.

La ley es buena, es una gracia, es decir, algo gracioso, gratuito, pero el hermano no entiende, ni aprovecha esa gracia, envidiaba al que se estaba muriendo, deseaba lo que el otro hacía; todo lo que los otros hacen, aparece a sus ojos como la esencia de la felicidad, de la vida, de la invulnerabilidad imperturbable de los demás que él no tiene; los demás son vistos con una especie de aureola metafísica que lleva escrito: “yo tengo las llaves de la felicidad que tú no encuentras, imítame y ... así yo sabré lo que no tengo seguro, y que tú imitación me refuerza: que he elegido bien”. En un juego de espejos en el que nos miramos, nos miran, todos somos engañados por espejismo: al final resulta que los otros tampoco pueden con lo que nosotros no podemos.

El hermano mayor estaba tan engañado que pensaba que el pecado es una ofensa a Dios, y, por tanto, estaba siempre en deuda con la Ley aunque creía cumplirla. No sabe que el pecado es morirse, él creía ser mejor que los otros que vivían disolutos, libres, no sabía que los hombres que se dejan llevar por sus deseos caminan directamente a la muerte, a la esclavitud, el deseo nos hace prisioneros de su propia tensión. Si el pecado es, como avisa el decálogo, sed imitativa infinita de lo que los otros desean, el deseo nos lleva a la rivalidad, a la envidia, al desasosiego, a la violencia, al robo, al adulterio, a la muerte; la muerte es el problema.

El pecado es original. Reside en nuestra libertad, en nuestro deseo. Lo que es un don se convierte en un obstáculo para nuestra felicidad.

Las generaciones que se han sucedido parecen haber evolucionado muchísimo, pero sólo es mera apariencia, en el fondo, es siempre lo mismo: la noche, la fiesta continua, los espasmos del placer inmediato, el culto a la magia de la ciencia, las ideologías, son las distintas expresiones o síntomas de la necesidad que tiene el hombre de huir de la muerte, de controlarla, aunque sin darse cuenta se introduce en ella más y más. Querer controlar la violencia de los demás (la ley –los derechos, la jurisprudencia-, la política), o imponer un orden social determinado (las ideologías de izquierdas o de derechas), la salud y la enfermedad (la medicina), el ansia de riqueza como

fuentes de seguridad y de bienestar, el poder, el equilibrio nuclear, son intentos frustrados por parte del hombre de sustituir a Dios. El hombre nunca ha entendido el sentido del sufrimiento, es incapaz de encontrarle un sentido. Intenta por todos los medios evitarlo, y no es que no sea loable su intento, bien visto por Dios –sino nos habría hecho inteligentes-, el tema está en que para intentarlo lo provoca continuamente y, a veces, de forma exponencial.

En esta historia decaída, venida a menos, donde toda esperanza se ve abortada por una nueva ilusión (algo ilusorio, que genera ilusos), que ofrece ya, por fin, la solución escondida a lo largo de los siglos oculta en el velo de ignorancia y oscurantismo. Esta ilusión nos ofrece una nueva psicología terapéutica –la que va a explicar de una vez por todas el sufrimiento y que siempre acaba haciéndolo encontrando un culpable, un padre, una clase, un grupo social-, una nueva ideología –que es igual de vieja que todas: sacrificar a los otros, creemos que los otros tienen la culpa de lo que a nosotros nos pasa.

Aquí irrumpe la encarnación. Cristo ha asumido la culpa que a cada uno le toca según piensan los demás, y la ha estrellado contra su propio cuerpo. Dios se ha hecho hombre para mostrar un camino de inocencia para todos. Todos necesitamos un camino de conversión, una *kenosis*, un descendimiento a la realidad: que no tenemos la vida en nosotros mismos, que nos dejamos seducir por un montón de ofertas de salvación que acaban siempre donde los demás ya no nos pueden dar más de sí mismos, que buscamos durante toda la vida encontrar un lugar donde ser amados, y para ello hacemos todo lo que tenemos a nuestro alcance. Nos disfrazamos de lo que haga falta, mentimos, nos vendemos al mejor postor, luchamos desafortunadamente para encontrar un poco de afecto, y la mayoría de las veces nos vemos en un callejón sin salida, o con soluciones mediocres que no nos satisfacen, que nos dejan vacíos, siempre a medio camino de la felicidad. Cuando queremos darnos cuenta nos vemos idolatrando una cosa o persona como si fuera nuestra única tabla de salvación, necesitamos agarrarnos a ello para sentir la seguridad de poseer la felicidad que se nos niega a cada instante, en el que percibimos nuestra limitación y la de los demás para darnos la vida unos a otros. Siempre nos tropezamos con nuestro egoísmo original, con nuestra incapacidad para amar, que es dar la vida por el otro, y es un descubrimiento recíproco, aunque no simultáneo, cuando nos confrontamos con el ansiado amor de los demás. “¿Acaso un ciego puede guiar otro ciego?” Es la pregunta clave:

¿podrá alguien indicarnos el camino de la felicidad, o ir juntos por él? ¿O caeremos los dos en el hoyo?

Cristo, camino, pretende con nosotros un proceso de conversión, nos muestra las huellas luminosas que hay que seguir para encontrarnos con la vida, aquella a la que hemos sido llamados a experimentar en plenitud. Q

Él nos ha amado de la forma que nadie puede hacerlo, y él es el primero, el que ha tomado la iniciativa; ha irrumpido en nuestra vida con el anuncio, en su propio cuerpo, de la que la muerte no es lo definitivo, que ha abierto la puerta de la muerte y nos ha mostrado que existe la vida eterna. La puerta de la muerte que nos causamos a nosotros mismos usando a los demás en nuestro beneficio, y la que nos causan los demás no pudiendo amarnos como deseábamos.

Ese camino está indicado en el bautismo. Para que el bautismo cumpla lo prometido y se haga verdadero: el hombre tiene que despojarse de su *hombre viejo*, que sólo vive del “me apetece”, ha de convencerse de pecado, es decir, que no puede darse la vida a sí mismo, según sus criterios: ser dios de su vida, vivir para sí. El hombre viejo que vive para sí, sólo se tiene a sí mismo, y a su soledad.

Cuando cree que ama, lo hace de una manera egoísta, está usando a los demás en su propio beneficio. Aunque no puede amar como nos muestra Cristo, sí justificarnos... pero para esto la Iglesia es comunidad: y tenemos la tentación de advertir... “¡Aquí no se ve el amor por ningún lado!” Vivimos de los sentimientos. Cualquier amor no es el amor que el hombre busca. Ese amor viene cuando se nace a una vida nueva, cuando se nace de lo alto. Amar es el sentido de la vida humana, lo más importante, pero lo más importante no puede conseguirse de la misma forma que la compra de un coche, o saca un título, es un camino, un aprendizaje.

Nadie nos dice: “tenéis que amaros”. Cristo espera al final de su caminar al lado de los discípulos para darles esa orden: en la Cena, antes de la pasión, y por tanto al final del camino, los anima a amar de la forma en que van a ver como se hace y luego se lo repite después de resucitado...

La comunidad es el útero en este tiempo de gestación que lleva hasta el bautismo: los demás tienen que ser incómodos, un obstáculo, tiene que verse quién es cada uno, porque el auténtico camino de descendimiento es un combate contra el orgullo, entre Dios y el orgullo del hombre que se cree Dios.

Pero el gran obstáculo es que no queremos ser denunciados. La única condenación es la que nos desvela el pasaje de Nicodemo: “vino la luz y los hombres prefirieron las tinieblas” ... porque les denunciaba que algo no funcionaba en sus vidas. El hombre puede mantenerse en la alienación, pero sólo si una vez intuye que es verdaderamente una alienación ha empezado a caminar pisando las huellas de Cristo.

Si se reconoce pecador está casi todo hecho, ya no puede ser uno mismo la Ley. Comienza a conocerse a sí mismo y a disminuir en su orgullo, o lo que es lo mismo empieza a estar iluminado.

¿Cuál es el problema?: reconocerse pecador es reconocer que con los pecados que realizamos, para compensarnos de lo que no nos gusta de nuestra vida, matamos al otro y vamos a la muerte. Si fuera suficiente eso para convertirnos, pero estamos tan alienados...

Abraham también ha hecho un camino. Empezó con muchos dioses: la familia, el hijo, la tierra, a los que le pedía la vida que un viejo estéril no tenía dentro de sí mismo, y que nadie podía dársela.

Sólo Dios: la vida que el hombre necesita sólo Dios puede dársela. Él no ha entregado su propia vida para hacer una obra de teatro, una representación, o para poner condiciones imposibles, y nada nos podrá saciar para no hacer inútil su donación (San Agustín), todo está amenazado de muerte, nada hay seguro, necesitamos conversión... y la única condición es dejarse amar, como uno es, sin mentiras. Ante Dios es perder el tiempo intentar ocultar nada, él sabía con quién estaba jugando cuando decidió crearnos a su imagen y semejanza. Sabía cuál era nuestra condición, nuestra necesidad, y nuestra capacidad libre para convertirnos, para volvernos a él y reconocerle como el único.

Cristo ha dejado en la cruz la impronta de la sustancia de Dios. La cruz no es cualquier cosa, un signo más, como una media luna o ídolo de seis brazos, es la firma, el sello de Dios para aquellos que él ama: el camino que muestra la verdad y la vida. Amar en esa dimensión es la llave de la felicidad que el hombre busca, y como el hombre es mimético, Dios mismo, en su hijo, ha tenido que inaugurar el camino hacia esa vida eterna. Es necesario que todo esto ocurriera, dice camino de Emaús, es necesario que aquello que no nos gusta suceda, es necesario misteriosamente que aquello que rechazaríamos de nuestra vida si pudiéramos, la enfermedad, el dolor, la soledad, el crimen que se ha cometido contra nosotros, contra la humanidad, y que nosotros cometemos contra otros suceda, para que se

vea, cuando Él actúe, que se trataba de un diseño intemporal, de amor de dios padre, de un Dios *abbá*, que no le va a dar a su hijo una serpiente en lugar de un palo, aunque el hijo use el palo como, o lo tome como, una serpiente venenosa en su absoluta libertad.

Cristo ¡ha vencido la muerte!, ¡ha resucitado!, y eso significa que la muerte, que nuestras muertes cotidianas, tienen un sentido, que no sabemos cuál es, cuando nosotros queremos, pero que algún día se nos revelará. Veremos que todo lo que nos ha sucedido es reasumido en Cristo, que la historia de la humanidad era un maravilloso proyecto de Dios para atraernos a él libremente, sin chantajes, sin condiciones, para volver al *lugar* del que salimos. Este proyecto o este sentido, sólo es posible si existe la vida eterna, por eso tan importante el hecho de la resurrección, de la victoria sobre la muerte. Si un hombre ha vuelto del otro lado, a cruzado la orilla y nos reclama la atención desde ella es porque hay un camino, no es un precipicio, la vida humana sin retorno, hay un camino de retorno que consiste en empezar para siempre, y Cristo lo inaugura... nosotros sólo tenemos que seguir las huellas.

Es una paradoja que nuestra salvación venga por la vía que más nos escandaliza: la cruz. Es el misterio escondido a los ángeles, la trampa en la que cayó Satán. Creyendo que Cristo se echaría atrás asustado o escandalizado del amor de Dios por tener que pasar por ahí, cayó víctima de la propia trampa que diseñó para Cristo, pues este en lugar de protestar contra su padre, en lugar de escandalizarse, en lugar de buscar otro camino alternativo –lo que es el pecado para nosotros, una vía alternativa para no entrar en el sufrimiento- se enfrentó a él apoyado únicamente en la confianza, en la fe, de que su padre sabía lo que a él le convenía. Cuántas veces advertimos que lo que creíamos que era una desgracia insufrible para alguno de nuestros allegados, con el paso del tiempo, hemos comprobado que fue una bendición, esa enfermedad que le hizo más humilde, ese sufrimiento que le hizo comprender los de los demás, ese accidente que le hizo a él, y a todos los que le rodeaban, valorar el infinito don de la vida, o el relativo don de la salud. Esa humillación que le desalienó, esa lección que le enseñó a vivir. Más todavía que este intento de justificación del sentido de la cruz, se encuentra el hecho de que poco importa entender los planes de Dios, -de poco le hubiera servido a Cristo para no sufrir saber cuál era la intención de su Padre-, lo que importa es el hecho de saber que Dios no quiere la muerte del hombre, sino que se convierta, que vuelva a la vida; que el sufrimiento no tiene un sentido en sí mismo, sino que es el camino de la desalienación del hombre, el camino de retorno del hombre soberbio

al paraíso del que salió por su propio pie, es el reencuentro con el útero del que hubo de salir pero que es nuestro destino: el amor sin límites de un Dios que se define como misericordia, como matriz gestante, como *hésed*, que nos creó para ser hijos suyos, carne de su carne, revelándose a través del *misterio de la encarnación*.